

En cualquiera de los cuatro grandes procesos simultáneos que constituyen el universo histórico, la voluntad individual es el arranque y origen de todo acontecer y sobre ésta, tan sólo la voluntad de Dios.

Hemos visto ya que esos cuatro procesos se presentan como autónomos, porque parten de cuatro maneras cualitativamente diversas de conducirse el hombre, es decir, de cuatro tipos básicos de individualidad. Hemos visto también como existe una unidad esencial del hombre a la que se subordina toda posible tipología. Correlativa de esa unidad viviente y activa del individuo, existe otra unidad, también activa y viviente: la del acontecer histórico, unidad que se asienta sobre los procesos autónomos de lo religioso, lo artístico, lo político y lo teológico.

El fluir simultáneo de esas cuatro maneras básicas de producir Historia, origina las mutuas interferencias. Cada una de ellas trasciende su propio cauce e influye sobre las otras. La religiosidad brinda al artista una temática de indecible riqueza, y el arte realza a su vez las formas dogmáticas y litúrgicas.

Ahora bien: de los cuatro procesos fundamentales, el histórico-artístico constituye el más enérgico apoyo para una interpretación voluntarista de la Historia. La evolución del arte está—en último análisis—constituída por una infinita serie de actos de creación artística individual. Hemos definido esos actos como una correlación entre dos esencias singulares, el artista creador y la obra de arte. Ni el objeto artístico ni el acto que lo genera tienen una raíz lógica. La obra de arte es esencialmente alógica, pura expresión, sus contenidos no pertenecen al mundo de las ideas, no van referidos al intelecto.

Por su misma naturaleza, es la evolución del arte en todas sus formas la que con mayor profundidad corrobora

